

La espuma de los días

Del tiempo en que íbamos al cine

José de la Colina

Un libro de Emilio García Riera espléndidamente se titula *El cine es mejor que la vida*, y yo, que no me atrevería a decir tanto porque, según Perogrullo, sin vida es imposible disfrutar del cine ni de nada, me arriesgo a susurrar: “La vida es mejor con el cine”.

Disculpen la nostalgia. Para los nacidos en los años treinta el cine era ante todo un vasto fluir de imágenes que gozábamos mediante el solo hecho de ir a una sala donde pasaran cualesquiera películas. Me explico: ahora el cine suele *venir* a uno mediante la televisión, la videocasetera y el videodisco, pero entonces *íbamos* al cine como a una fiesta sin cesar renovada en la que veíamos cualesquiera cintas con tal de que fuesen eso: cine. Eran tiempos en que los astros y las estrellas de Hollywood, y no los directores, se entretejían en nuestra imaginación y virtualmente convivíamos con ellos.

Un ejemplo de ese entretejerse del cine con la vida pasada lo encuentro en un melodrama de Hollywood que por muchos años se me había afantasmado entre el recuerdo y el olvido. Hacia mediados de los años sesenta lo volví a ver por la televisión y actualmente, gracias al DVD, lo re veo en esas noches en que la nostalgia es como una sed imperiosa, y ha terminado convirtiéndose en una de mis “películas de culto”. El título original en inglés es *Random Harvest* pero en México la retitularon *En la noche del pasado*. Argumento y escenas se me habían desdibujado, pero siempre perduró el momento terminal, en el que los protagonistas (Ronald Colman, Greer Garson) se reencontraban en un sublime *happy end*. Y alrededor de esa final escena resurgía además la circunstancia de que en los primeros años cuarenta había



En la noche del pasado, 1942

visto el *film* en un programa doble del cine Estrella, una sala ya derruida.

Ahora, recuperado el filme gracias al videodisco, nada importa que *En la noche del pasado* (Metro Goldwyn Mayer, 1942) provenga de una mediocre novela de James Hilton, autor de otros libros *bestsellers* también filmados (*Horizontes perdidos*, *Adiós mister Chips*), ni que el director sea el siempre mediano Melvyn Le Roy. Lo que me importa es que en torno a algunas de sus imágenes ocurra un fenómeno de “cristalización de la memoria” como el que describe Stendhal en *Del amor* a propósito de la rama de acebo guardada en las minas de Salzburgo.

Trataré de narrar esa secuencia.

En la Inglaterra de entreguerras el maduro Sir Charles Rainier, que, a causa de un trauma adquirido en la guerra de 1914-18, ha perdido la memoria de unos años de su vida, y que ahora es ministro, visita Meldridge, una ciudad en la que piensa nunca antes haber estado. Antes de tomar el tren para volver a Londres le dice a su secretario: “Vamos a comprar tabaco, hay un estancillo aquí a la vuelta”. El otro se asombra: “¿Cómo lo sabe usted, *si nunca antes había estado en Meldridge?*”. Y, efectivamente, la tabaquería está a la vuelta de la esquina, y en ella atiende la misma estancillera de años atrás, más vieja, claro. Desde ese momento empieza a reve-

lársele a Rainier un pasado que había estado *esperándole* en un vericuetto de una ciudad supuestamente desconocida, y siguiendo ese rastro de casuales detalles como un hilo de Ariadna, llega frente al jardín de una casa campestre sin saber que ha sido su casa, abre la puertecilla de una valla de madera rechinante como en otro tiempo, pasa al jardincillo bajo la florida rama de un ciruelo, y, ante la puerta de la casa, toma de su bolsillo una llave (una llave que ha tenido desde hace mucho sin saber de dónde era), y abre, y... En ese instante, Rainier oye su nombre (su otro nombre, el que tuvo alguna vez y había olvidado) susurrado a sus espaldas por una hermosa mujer a la que amó. Súbitamente viene a sus labios el nombre anterior de ella: Paula, y se abrazan envueltos en apoteósica música de fondo. (Hay todavía más intrínquilis en esta historia: la mujer está casada por segunda vez con el protagonista, pero con otra identidad y sin que él la recuerde, de modo que finalmente el afortunado Rainier abraza a dos Greer Garsons sintetizadas en una).

Los detalles circunstanciales de ese admirable momento terminal que también emocionaba a Salvador Elizondo: la largamente acariciada llave de aquella casa, el chirrido de la puertecilla de la valla, las floridas ramas de un cerezo, etcétera, añaden al admirable segmento terminal de *Random Harvest* algo que me trae a los labios el breve poema japonés que allá en mis lejanos veinticinco años le oí a Jomi García Ascot:

*Aunque yo haya partido
Y aunque años dure mi ausencia,
Tú, cerezo bajo el alero,
No olvides la primavera. u*